

PRÓLOGO

En una isla casi desierta unos muchachos se enfrentan ante el final de su historia sin saberlo, se estrenan en el manejo de las armas, se entrenan disparando con dedo fácil, sin ton ni son, contra cabrones, cabras y sus crías a los que cercan a la brava y bélicamente. El ganado asilvestrado va en fuga hacia los riscos solitarios y la costa.

Uno, falangista de 19 años, luce por el monte camisa azul, correajes y pistola en el cinto, va con su hermano de 17 –también armado– y ambos portan las gorras de sendos *prisioneros de guerra*, dos oficiales aviadores de la República cuyo hidroavión efectuó un amerizaje forzoso. El escenario de los hechos: un lugar del Mediterráneo, Cabrera, los montes, las costas y las aguas esa isla de las Baleares que es un paraíso natural, a veces convertido por los Estados y los hombres en infierno cruel.

Es el verano de 1936 los jóvenes fascistas del desierto juegan con fuego –real– aún disfrazados. Son los hijos del *amo*, el arrendatario que explota agrícolasmente el pobre territorio insular propiedad pública. Con ellos van dos soldados del mínimo destacamento del enclave estratégico y, además, intervienen en la batida tres hermanos agricultores, miembros de la familia Bonet que cultiva la poca tierra fértil y apta. Los Bonet sí conocen la prudencia y los argumentos necesarios para una captura sigilosa y selectiva de las bestias domésticas criadas a su aire, en libertad.

Las capturas no se hacían gastando pólvora, espantando animales, sino con lazos y perros de cerco y presa. Las cabras de Cabrera se cazaban vivas, a mano y cuerda, sin sangre, sin heridas ni espanto.

Este libro que han abierto, no es un tratado de cinegética, sociología o geografía sino una estampa de la guerra civil española del siglo XX, de sus desastres. El 1 de agosto del 36, trece días después del golpe de Franco contra la República, en Cabrera escasean los suministros, falta carne para abastecer al grupillo de militares y carabineros que vigila. El oficial al mando requiere sacrificar un solo cabrito para alegrar la alimentación de la tropa, los mínimos cuerpos operativos que atienden ese punto geoestratégico, pequeño paraje de ensueño y escenario de tragedias en la historia de Europa y del Mediterráneo. Sépase que entre 1809 y 1814, España hizo de Cabrera un terrorífico campo de concentración a cielo abierto, al abandonar allí a 11.000 soldados de la Francia de Napoleón, derrotados en la batalla de Bailén; menos de la mitad sobrevivió al cautiverio. Una monstruosidad, el horror.

Esa isla que a veces no se ve desde la vecina Mallorca al quedar abrazada por la calima, fue inevitable lugar de paso, refugio y alijo para contrabandistas de tabaco y subsistencias en tiempos de carestía y bloqueos bélicos. Especialmente por su puerto de amparo durante las tempestades. Súbitos vientos provocan olas y corrientías de vértigo que hacen bullir las aguas del entorno. La memoria marinera guarda noticia –y leyendas– de bravos temporales.

Cabrera es un no lugar, una tierra a veces triplemente aislada, por su misma condición, por las adversidades del mar y las provocadas por la violencia del poder. Los piratas medievales y modernos, también esos mismos llamados corsarios cuando obraban en nombre del rey, se guarecían allí para asestar golpes navales o emprender correrías sin rumbo escrito.

El paisaje de caza con figuras y tiros raros, en un día concreto, el 1 de agosto del 36, al alba, no terminó en aventurilla. La caza de un cabrito devenida carnicería de madres y mamones compone el plano de inicio de este trabajo minucioso (*La isla de Cabrera y la Guerra Civil*, de Joan Rigo Bonet), es un punto de una historia panorámica, vivencial y coral que explica lo que entre los sujetos de una sociedad desencadena una revuelta militar. Encaja en la tragedia provocada por Franco.

En las muchas y necesarias líneas y notas de la obra no palpitan hazañas bélicas ni batallitas de los abuelos y tíos. Lejos y dentro de guerra suceden

muchas cosas. Se vive como en la primera década de la dictadura se instaura una edad de plomo, el sistema sanguinario, del miedo y del terror. Los hechos descritos aluden a individuos y familias en un lugar del mapa y en un tiempo determinado. Es una pieza del damero, del puzle.

El relato global integra personajes y peripecias trabados en datos ciertos –sobre golpistas y republicanos–, reseña el halo del desconcierto, el pánico, la represión, la inconsciencia y los fusilamientos irracionales. Los testigos directos, los papeles de sumarios y las cartas, las voces de personas implicadas y de ciudadanos no adscritos, describen hechos y, además, desvelan qué era la delación. Queda retratado un cura que acusaba judicialmente a sus vecinos de *comunistas*, que era inductor o autor de falsos testimonios que mandaron a la tapia de los fusilamientos y a la cárcel a *fieles* parroquiales. Se identifican aquellos que socialmente fueron considerados asesinos, hasta llegar viejos y sin enmienda hasta la tumba.

De manera directa y sobrecogedora Joan Rigo Bonet da voz y cara a quienes fueron convertidos en víctimas carcelarias de Franco. El hilo de este libro-río comienza en la crónica de la caza de cabritos en Cabrera pasa por Menorca y Mallorca y recorre un calvario civil penitenciario, con tentativas de fuga, por una gran parte de la piel de toro. Retrata de manera discreta sin alharacas el comienzo de una época, gris y muy triste. Documenta la vida de las familias humildes que afrontaron la segregación y represión del 36 desde un archipiélago, con la incapacidad de abrazar y ver a sus allegados perseguidos, penitenciarios, sin motivo ni razón.

Los dos protagonistas (víctimas) del reparto inicial (los payeses que cazaban sin armas los cabritos) son presos condenados por *incitación o adhesión a la rebelión*, se consumen y amargan en cinco cárceles distintas de Menorca y pasan por dos de Mallorca, con su padre. Los dos hermanos Bonet recorren once presidios más de la Península, un tour obligado por las mazmorras del régimen franquista y los pelotones de trabajos forzados, la esclavitud.

Este preciso y emotivo libro, con deseo de precisión, veracidad, que no neutralidad higiénica –que al final deviene ciega o cómplice–, está estructurado sobre un esqueleto argumental y queda desplegado en racimo. La obra

contiene memoria oral, remembranzas, investigación documental, crónica de episodios, verificación *in situ* de juicios y detalla visitas a los presidios de la dictadura, 60 años después de los hechos. Rigo Bonet trabaja el contexto histórico y social, capta el ambiente privado y oficial del momento y busca la mirada de los viejos presos resistentes que llegaron al final del siglo xx con el fin de reconstruir, contrastar e iluminar su versión.

El libro –el relato fáctico– se abre con dos secuencias muy cinematográficas pero ciertas, sin ficción. Una, la poderosa y reiterada escena de tiros tonotos y caza de las bestias por las peñas: un cabrito herido y acorralado, en fuga se precipita desde un acantilado al mar. Los dos hermanos falangistas y armados, los Suñer, y los soldados, dejan el rescate de la pieza a los Bonet, tranquilos y expertos agricultores, que toman los remos y lanzan al agua el bote de los fareros de Punta Enciola. Intentan *pescar* el cabrito de marras que saltó al vacío, el animal salvaje con cuernos y patas de pezuña, que pugna por nadar y mantenerse a flote entre las olas, lejos de los ojos, las armas y las manos de los humanos.

Plano secuencia segundo, aún más de Luis Buñuel, surrealista: junto al botecillo a remos y el cabrito nadador aparece un submarino de la Armada de la República, *comunista* dirán las noticias bélicas, crónicas de una parte. Aparece navegando en superficie, cerca, orillando. Falangistas, fareros y soldados observan desde la balconada del acantilado. Los Bonet, cariacontecidos, asustados y sin arma alguna, son arrestados y obligados a embarcar en el sumergible.

El submarino es una de las naves de la expedición del capitán Bayo [Alberto Bayo, militar carismático que desde los años 1950 fue instructor del Che Guevara y Fidel Castro en México y militar revolucionario castrista en Cuba] que ha emprendido una aventura bélica y en tumulto de milicianos para retornar las Baleares a la legitimidad republicana. Desde Mahón, Menorca, hasta Cabrera navegan cuatro barcos, dos submarinos, un remolcador y un navío aljibe en una operación táctica para rescatar a seis aviadores que allí son prisioneros –los de la gorra que usan los dos falangistas. El hidroavión republicano fue derribado u obligado a amerizar averiado o mermado por el fuego suelto de las fuerzas rebeldes franquistas insulares.

L A I S L A D E C A B R E R A Y L A G U E R R A C I V I L

Los dos submarinos *rojos* disparan contra las casetas de comunicaciones de Cabrera, logran la rendición del destacamento, apresan a unos y otros, separan hombres y mujeres, éstas quedan en la isla, aún sin filiación militante. Así sucedió aquel episodio concreto de la guerra abierta por Franco que causó tantas víctimas.

Cabrera, por sus características y su mirada directa sobre Palma de Mallorca y en ruta abierta con el resto de islas –Menorca e Ibiza y Formentera–, es un objetivo natural para los estrategas. Los militares golpistas y los falangistas del 18 de julio triunfaron de inmediato desde Palma, impusieron su nuevo orden de pavor, con detenciones masivas y organizadas de demócratas en Mallorca, abarrotaron cárceles y llegaron las muertes, dejaron huellas de sangre en cunetas y tapias de cementerios. Cabrera resultó un punto periférico y menor, aunque soportó una primera pugna naval motivada por la rebelión contra la República.

Este volumen es una memoria, histórica. Unos protagonistas –aquellos dos jóvenes falangistas– fueron desterrados a Menorca y fusilados por unos descontrolados y alocados miembros de las fuerzas republicanas de esa isla. Los otros, la mayoría perdedora con los Bonet, quedaron encarcelados por la represión sistemática del poder rebelde franquista, el nuevo régimen golpista que generó una dictadura. Una familia de Mallorca y Cabrera separada, dispersa, desterrada o sin vida libre, en prisiones. Aquí se escribe la vida dramática de los perdedores pero no se obvia la narración bilateral de los primeros momentos, la vida de unos y otros, el pálpito señorial caciquil del siglo xx –la complicidad inmoral de muchos sacerdotes– en el cono sur de Mallorca y la triste miseria de los dignos oprimidos.

Ciertas historias –y algunas partes de Historia– remiten a veces a instantes, a sucesos concretos ocurridos en ámbitos limitados, que hablan de sociedades reducidas o de unos pocos personajes identificables que aportan su vivencia directa y su emotiva relación de hechos y casos.

Un padre y sus hijos, humildes payeses que subarrendaron la explotación agrícola y ganadera de la pequeña isla al sur de Mallorca y en las corrientes alejadas de la historia les arrastraron a protagonizar/padecer una peripecia, como a los cientos de miles de familias. Es un caso de represión de una revuel-

ta militar, las atrocidades cometidas para derribar el sistema democrático e instaurar un régimen dictatorial y sus negocios de poder, dinero y política.

El libro de Joan Rigo Bonet, nieto y sobrino de las víctimas, víctima él mismo, parte de narraciones orales y de la documentación hallada para intentar la reconstrucción de la peripecia dramática de su abuelo Marc Bonet y de sus tíos Jeroni y Antoni Bonet –hermanos de su madre– en cárceles, sin condena o con sentencias sobre hechos irreales. Esa obra puede ayudar a reconstruir situaciones que marcaron una época y la vida de un país, de sus gentes. No se trata de dar pábulo a la teoría del caos, el presunto *efecto mariposa* que alude al aleteo de un bello insecto casi ínfimo que desencadena tifones o tsunamis en otra parte del planeta, pero esta obra narra un episodio fugaz y trágico a causa de la rebelión franquista contra la República: cómo *estalló* la revuelta, la guerra en la isla de Cabrera.

Joan Rigo Bonet (S'Alqueria Blanca de Santanyí, Mallorca, 1950) que no es ni pretende ser un historiador profesional y tampoco espera construir una carrera literaria, ha trabajado con honestidad y pasión a la manera de los entomólogos, identificando, rastreando, buscando contrastar datos y entornos. Así recorrió como una víctima familiar más el rastro en archivos, cárceles y campos de esclavitud de sus parientes, unos entre los cientos de miles de ciudadanos republicanos sometidos a la represión fascista de Franco.

Esa guerra que comenzó en Cabrera aparece en versión castellana tras su edición original –y diferente– en catalán (*Els de Cabrera, 1936-1946*). Joan Rigo recoge la voz directa de su tío Jeroni Bonet, uno de aquellos hombres a quienes les robaron entre rejas la juventud y la alegría de la vida, y que era capaz –al quedar libre– de machacar la efigie de Franco en los duros que ganó para exhibir su íntima y descarnada rabia contra el máximo responsable de sus males y de España.

Joan Rigo anuda y desarrolla el argumento, detalla que puede ser cierto que la suma de puntos concretos –los nudos del tapiz con millones de hilos o tantos píxeles en las imágenes digitales– componen, enfocados, y a millones, el relato final del panorama que se acerca a una realidad de las cosas, un punto de vista, finalmente. Una imagen del pasado, una noticia documentada.

Las narraciones y memorias individuales, detalladas en espacios identificables y sobre hechos verificados, ayudan a comprender y ofrecen versiones con el palpito personal de lo qué pasó. Este volumen capta los dramas y las violencias de una guerra –la nuestra y última, la revuelta armada de 1936 que se extendió con su dictadura de hierro candente. Rigo ahonda en detalles de la *política* que mantuvieron los vencedores para someter y aniquilar a quienes eran sus conciudadanos libres a los que sometieron con el fin construir su régimen, marcar su doctrina y generar capitales.

Aquí hay una crónica familiar, una documentada reconstrucción íntima, emocional y de pretensiones exhaustivas del drama de los hermanos Bonet y de su padre –de toda la familia–, de los aparceros del predio de la isla de Cabrera, ciudadanos civiles en un territorio que fue el ámbito marginal, fronteroquizás, de una tragedia de raíz absurda. Sépase también que ocurrió el asesinato –por los republicanos– de cuatro miembros de las familias de derechas de Cabrera, que estaban emparentadas con otras víctimas *rojas* del bando golpista: los hermanos Bernat y Antoni Mateu, este alcalde de Inca, y Joan Mas, edil de Montuiri. Los dramas cruzados, sin sentido.

El autor profundiza en el encarcelamiento y condena de sus parientes –padre y dos hermanos obligados a recorrer muchos de los presidios y campos de trabajo en media España hasta 1946. Repito, fueron esclavos de Franco y su voz no se ha perdido porque resuena directa y tranquila en ese libro.

Ahora comienza el flash de Joan Rigo sobre un momento y una parte de la historia contemporánea, del siglo xx. Es un documento personal con intención exhaustiva acerca de la vida y memoria de una familia determinada, los Bonet *de Cabrera*, en un lugar y un tiempo definidos (apenas una década) pero es un gran documental, emocionante, crudo, riguroso y detallista. Me satisfizo leerlo y releerlo. Lo que está escrito no se perderá y el recuerdo de los protagonistas no se borrará.

Andreu Manresa

Algunas madrugadas del invierno de 2011, Palma-París-Felanitx